

claros, atestiguados por tan distintos escritores: rasgos brillantes de la justicia divina, que justificando la opinion comun acerca del grande número de mártires, añaden un nuevo grado de energía al elocuente testimonio de su sangre tan generosamente derramada.

Aquí podría yo recordar el enlace que ha debido advertirse en la historia de la última persecucion entre el carácter de cada perseguidor y el género de su muerte. Pudiera yo añadir, no ya el castigo funesto de Neron, ni de Domiciano, igualmente odiosos bajo muchos conceptos, sino el triste fin de Severo, príncipe irrepreensible, si no hubiera dado despues de ellos el primer edicto contra el cristianismo. También podría añadir la infelicidad en que se precipitó Decio en un acceso de aquel vértigo con que el Señor amenaza al impío soberbio; y la desgracia de Valeriano, que vino á verse esclavo de un rey bárbaro, que le tomó por juguete en todo el resto de su vida, y que para prolongar el oprobio le mandó desollar despues de muerto. No es mi intencion detenerme en inducciones que no pueden tener aquí cabida en toda su estension, y que para ser concluyentes deberian ser completas: volvamos pues á los objetos que pertenecen mas de cerca á nuestro asunto.

Las cualidades personales de los generosos confesores de la fé, sus virtudes, su noble candor, su celestial prudencia no son pruebas menos evidentes en favor de la Iglesia que el número extraordinario de ellos. ¿Quién no convendrá desde luego en que fueron los hombres mas ilustrados de su tiempo en materia de culto y de costumbres, y en que constantemente sostuvieron los sólidos principios de lo verdadero y lo honesto contra el delirio y corrupcion de la idolatria? Que cayeron sobre ellos las persecuciones por esta causa honorifica, y no por alguna accion deshonrosa, lo demuestra la misma forma de los procesos que se actuaron contra ellos. Mandaron los príncipes idolatras, como hemos visto que se lo echaba en cara Tertuliano, que no se buscasen los cristianos, pero que se castigase á los que fuesen denunciados. Sobre esto se esplicaba así este elocuente

apologista: «¡Oh sentencia, que por sí misma descubre nuestra inocencia y su injusticia! ¡Con qué el cristiano no es condenado por ser culpable, sino por ser el blanco de la envidia y malignidad de los delatores! ¡El tormento destinado por las leyes para sacar la confesion de los reos, le habéis convertido en instrumento de corrupcion para forzar nuestras lenguas al perjurio! ¡Nosotros confesamos lo que somos, y vosotros quereis que digamos lo que no somos; y siendo así que á otros no los creéis cuando niegan, á nosotros nos creeríais aunque mintiéramos!» Luego de este proceder aparece que el delito del cristiano, aun en sentir de los mismos paganos, no es otro que su nombre y su constancia en la fé, y que con la apostasia podría librarse del cadalso y de todos los efectos de la persecucion.

No obstante, ya veis que persevera, y que cuanto mas probada es su fé, mas pura y constante se muestra; crece en los tormentos en lugar de rendirse. Por un fiel á quien quitaban la vida se convertian millares de infieles, y la sangre vertida de un cristiano era una semilla tan fecunda que fructificaba en las tierras mas ingratas. Ya vimos que los publicanos, las mugeres prostitutas, los gladiadores y los cómicos se convertian de repente en apologistas é imitadores de los mártires. Muchos mas aun se condenaban á un destierro voluntario, y llevaban consigo la luz del Evangelio á las estremidades mas tenebrosas del mundo idólatra; semejantes, dice San Agustin, á esas grandes lumbreras que cuanto mas las agitan mas resplandor despiden. Tales fueron las divinas causas de que en los primeros siglos se multiplicasen prodigiosamente los adoradores de un Dios crucificado, no solo cerca de los lugares en donde nació, sino en todos los pueblos, y segun el testimonio particular de San Ireneo, en Libia, en España, en las Galias y en los parages mas incultos de la Germania.

Y no se nos objete que también se establecieron otras sectas: porque ¿quién no sabe los infames y violentos medios con que se establecieron estos fantasmas de religion? Antes bien, mas razon hay de admirarse de

que no hayan sido mejor sostenidas, supuesto que lisongean las inclinaciones depravadas de la naturaleza. No trato todavía de dar á conocer lo débil del mahometismo, pero ya se le puede juzgar por esta regla. ¿Qué maravilla es que un entusiasta atrevido con la cimitarra en una mano, y en la otra el cebo de los mas sucios deleites; que sentó por basa de su legislacion la estúpida ignorancia; que tomó de cada religion lo mas acomodado á las inclinaciones y preocupaciones, suprimiendo todo lo demas; que sacrificó los hombres mas ilustrados y capaces de oponerse á sus atentados; ¿qué maravilla es, vuelvo á decir, que semejante legislador arrastrase consigo los pueblos mas groseros y viciosos y los hombres embrutecidos que hacian consistir la felicidad en los placeres sensuales y la honra en la fuerza y en el robo? ¿Será por ventura mas asombroso el que los primeros heresiarcas Ebion, Marcion, Basilides y Valentino, con todos los gnósticos y los discípulos de Manés, formasen partidos numerosos, presentando los sueños impuros del paganismo bajo una forma nueva, y soltando las riendas á las pasiones mas desordenadas con la capa engañosa de filosofia ó de reforma? Bien presto sepultó la pública indignacion en un eterno oprobio á estos enemigos de las buenas costumbres.

Pero la persecucion, al multiplicar los verdaderos cristianos, los desprendia de la tierra en donde se multiplicaban. No aficionándose á cosa alguna perecedera, y teniendo perpetuamente su alma entre sus manos, se miraban como extranjeros en las naciones y como el blanco de todos los tiros de la perversidad y del furor. El espíritu de desprendimiento, y por consiguiente la caridad que vivifica todas las virtudes, habian echado tan profundas raices en sus corazones, que dice San Justino que en su tiempo todavía se hallaban hermanos entre quienes todos los bienes eran comunes, y si los otros se reservaban la propiedad era con el fin de socorrer á los necesitados.

Es verdad que estas virtudes se fueron insensiblemente marchitando, porque la calma que se siguió á la tempestad ocasionó una especie de adormecimiento en lugar de la vigilancia, y produjo alguna lamentable re-

lajacion. Por cincuenta años contados desde la muerte del emperador Severo, dejaron sus sucesores que los fieles gozasen de una paz casi sin interrupcion, y se vieron entre ellos culpas y desórdenes que apenas se creerian si no las contara por menor un testigo ocular como San Cipriano. Los menores objetos de las reprensiones que este digno maestro de aquellos antiguos fieles hacia á muchos de ellos, son el lujo y el regalo, con todo el aparato de la mundanidad, los vanos adornos casi tan afectados en los hombres como en las mugeres, la frivolidad de las costumbres, y todos los síntomas de un pudor ya espirante. Los excesos de la envidia, los odios inveterados, la falta de fidelidad en toda especie de comercio, los fraudes, la calumnia y el perjurio se iban introduciendo entre los hijos de los Santos; resfriábase la devocion hasta en el mismo santuario, y aun algunos olvidaban en el santo ministerio las leyes de la caridad, de la justicia distributiva, del desinterés y de la integridad: efectos naturales de la rápida inclinacion que arrastra al hombre al pecado, y que la mano que habia suspendido el curso de esta inclinacion, la dejó despues obrar con tanto imperio, para mostrar que la conservacion y la institucion de la Iglesia son igualmente obra del cielo.

Pero los rigores de la persecucion de Decio, juntamente con el celo de los Pastores, reanimaron la fé y la piedad, reforcieron las costumbres con la penitencia entre los sustos y los peligros. Se reprimió á los mismos confesores, los cuales con recomendaciones indiscretas solicitaban para los pecadores indulgencias excesivas y una reconciliacion prematura. Firmeza prudente cuyo buen efecto manifestó que las promesas del Salvador eran estables, y que el mal no habia penetrado ni viciado, si fuera permitido hablar así, el fondo de la constitucion de la Iglesia. Pero á proporeion que se multiplicaron los pecados, se creyó que debia facilitarse mas su expiacion.

Para proporeionar refugio á la penitencia y abrigo á la inocencia, cuando con la calma inalterable producida por la cesacion de las persecuciones corrió mayores peligros la piedad cristiana, algunas almas fuertes propusieron con particular inspira-

cion otro nuevo género de martirio, declarando incesante guerra á la codicia, á la torpeza y á todas las pasiones. Los primeros campos de batalla fueron para ellos los desiertos de Egipto y los de la Palestina. Antonio, despues de Pablo, primer ermitaño; Pacomio, guiado por un ángel á las tierras que el Nilo baña, y en las riberas del Jordan un Hilarion, discípulo de Antonio, fueron los padres y maestros de una infinidad de discípulos que esparcieron aquellos divinos institutos por todos los climas. De este modo se aprendió por, todas partes á morir por Jesucristo sin el ministerio de los perseguidores, y á recoger las palmas proporcionadas á la constancia que pedia aquel vivir largo tiempo muertos á sí mismos los mártires de la mortificacion voluntaria, honrados en muchos puntos por el cielo con las mismas prerogativas que las víctimas sangrientas de la impiedad y destinadas al mismo fin. Con estos grandes ejemplos se propuso el Señor abrir el camino al Evangelio entre los bárbaros sus vecinos, y plúgole confirmar con ruidosos milagros este mudo testimonio. Acudian sin cesar numerosas tropas de infieles á la montaña de San Antonio, á la cabaña de San Hilarion, á la rústica gruta de San Afraates, en donde la mayor parte hallaba la salud de su alma y la del cuerpo.

Seria inútil cosa probar unos hechos que están consignados en los públicos monumentos de los mismos pueblos que habian sido testigos de vista. A pesar del cuidado con que aquellos humildes anacoretas procuraban ocultarlos, fué tanto el ruido de los hechos milagrosos, que llegaron á noticia de los que eran señores del mundo. Supongo que no se habrá olvidado en qué términos escribió el grande Constantino á San Antonio, encomendando á sus oraciones la corona y la familia imperial. Teodosio no emprendió sus principales hazañas sin consultar á San Juan de Egipto. Eran tan familiares los milagros á San Hilarion que, por decirlo así, se le escapaban sin querer: á todas partes le iban siguiendo los enfermos y los afligidos, y se vió muchas veces precisado á mudar de habitacion ó á pasar largo tiempo una vida errante por el temor de la gloria y del aprecio con que las gen-

tes se obstinaban en perseguirle. Todos los sarracenos que habitaban al rededor del desierto de Farán, en los confines del Egipto y de la Palestina, abrazaron el cristianismo, viendo los milagros y virtudes de San Moisés. ¿Mas para qué necesito de ejemplos particulares? Nadie ignora que la fama de aquellos humildes taumaturgos era lo que ellos mas sentian, y que se quejaban sin cesar con amargura, porque les quitaba las delicias puras que habian ido á buscar en el retiro de la soledad.

¿No era ya un milagro bien persuasivo y eficaz el modo de vivir de aquellos hombres celestiales? ¿Qué prodigio puede darse mas visiblemente divino que la constancia de un San Simeon y algunos otros Estilitas, que por larga série de años vivieron de dia y de noche cada uno en su columna? ¿Qué milagro mayor que el triunfo de San Macario en Alejandria, el cual venció las necesidades mas imperiosas de la naturaleza, el hambre y el sueño, pues pasó de pie toda una cuaresma, sin beber y sin comer otra cosa que algunas yerbas insipidas, y estas solamente los domingos? Otros solitarios veremos, que mirándose ya como muertos, no hablaron una palabra desde que entraron en su retiro hasta su muerte. Veremos tambien que muchos ni aun lugar de retiro tenían, y andaban errantes por los bosques y montes cargados de cadenas, viviendo, mejor diré, consumiéndose lentamente entre los animales, con los cuales pacian la yerba cuando ya no podian sostenerse contra el hambre. De aquí nació el nombre de pacedores que la Persia, en donde vivieron, les dió para comunicar á los otros pueblos su misma admiracion. En la misma Constantinopla, y en otras partes no menos conocidas del imperio de Oriente, se verá cómo florecieron numerosas comunidades de monjes *Acemetas*, que quiere decir *no durmientes*, llamados así porque semejantes á los coros de los celestiales espíritus que nunca duermen, celebraban de dia y de noche sin interrupcion las divinas alabanzas.

Por otra parte, la mortificacion del corazon, la negacion de sí mismo, y el despeggo de todas las cosas de la tierra estaban tan en vigor en las sociedades cristianas como las austeridades de la penitencia. Todas las virtudes que

honran al Señor en espíritu y verdad y son el alma del cristianismo, resplandecian en todos los órdenes de fieles, tanto en los empleos mas eminentes, como en las lauras y en los monasterios; de ello encontraremos pruebas en la série de nuestra narracion. Para no anticiparnos en el curso de los siglos, nos contentaremos con traer á la memoria la generosidad para siempre memorable de trescientos obispos, que en tiempo de los donatistas, y en sola la iglesia de Africa, llevaron su heroísmo hasta el punto de ceder sus Sillas á estos sus rivales cismáticos, con tal que conviniesen en restituir la paz á la Iglesia.

Confesemos, no obstante, que la conversion y el poder del gran Constantino, que sin duda influyeron en la estimacion de los romanos y aun de los estranjeros para con la Religion cristiana, contribuyeron mucho á sus progresos, ó mas bien á su tranquilidad y esplendor; pero por lo que hasta aqui hemos visto, es constante que ya antes estaba esparcida por todos los climas. Así, pues, no debe su establecimiento á la proteccion de este emperador; mas como bajo su feliz reinado no se veian los cristianos en la precision de ocultarse, se pasmó el universo de verse como repentinamente cristiano. Pero muy luego esta misma Iglesia se vió desolada por un cisma, cuando los africanos rompieron los lazos de la unidad bajo la direccion de mas de cien obispos. Mientras duró el imperio de Constantino se aumentó el número y la audacia de los cismáticos, hasta que trastornado todo en las iglesias de la tercera parte del mundo, dirigieron sus atentados contra la Silla Apostólica; pero allí encontraron su confusion y el principio de su ruina.

Al donatismo se agregó la formidable heresia de Arrio, y el príncipe religioso que habia echado por tierra la idolatria, llegó á ser, sin saber cómo, el apoyo de una secta casi tan impía y no menos peligrosa; porque trató como perturbador y casi como rebelde (a. 335) al mas digno defensor de la fé, al grande Atanasio. Es verdad que él siempre queria á la verdadera Religion; pero el extremo horror de las divisiones que retardaban sus progresos, divisiones que le exageraban sin cesar los mas falsos y se-

ductores prelados y doctores, fué el único principio de su peligrosa condescendencia. Sin embargo, ¿qué impresion tan funesta hizo este escándalo aparente, en especial en su hijo y heredero Constanzo! Pero antes ¿qué prueba pudo haber mas visible de que Dios es celoso de su propia gloria, que la sobrevivencia que á este príncipe perseguidor le concede sobre sus dos hermanos tan defensores de la verdadera fé? Despues de una larga série de reinados favorables á la Religion, habria podido figurarse el hombre que en las potestades de la tierra consistia su principal apoyo; y por esto en el reinado del hijo mas indigno de Constantino deja el Señor á Satanás, segun la prediccion del Evangelio, el poder de agitar á los fieles, como se hace con el trigo en la criba, y permite una prueba mucho mas terrible que las de las violencias de los Césares enemigos del nombre cristiano, nombre que Constancio envilecia al mismo tiempo que se preciaba de llevarle.

Tentacion de nueva especie, ó al menos llevada á unos excesos hasta entonces desconocidos. Entre todos los sectarios que hasta aquel tiempo se habian levantado, ningunos se podian comparar con los arrianos en ciencia, en talentos, en virtudes aparentes y en cuanto puede acreditar á la seduccion y al engaño; pero especialmente en poder, en audacia y en el arte infernal de dar á la violencia el colorido de celo de religion. La pérdida de los bienes, de los empleos, de los honores, de la libertad y de la vida eran los medios menos peligrosos que aquellos cristianos sobornadores hicieron emplear á un príncipe cristiano. Pero seducir á los sacerdotes y á los obispos, canonizar á los hipócritas y apóstatas, pervertir los Concilios, alterar el sagrado símbolo, estas fueron las obras maestras de la pérdida impiedad que pretendió, aunque en vano, despojar á la verdad de sus propiedades las mas inenagenables, y de todas sus naturales ventajas, para cubrirse con ellas. Mas la Iglesia triunfó del artificio como de la violencia; la verdad disipó todas las nubes con que la seduccion cubria el precipicio, y al fin convenció al universo cristiano, que con sombra de piedad no se trataba menos que de arrojar del se-

no de la divinidad al Hijo del Eterno y de reducirle á la clase de pura criatura. Murió por último Constanzo; pero antes de su muerte habia ya triunfado la fé.

Esta empero corrió un peligro muy particular en tiempo del sucesor de Constanzo. El emperador Juliano afectó seguir una marcha diferente de la de Constanzo, y al principio mandó que cesase la persecucion suscitada por este (360). El emperador apóstata que se habia criado en el cristianismo, le conocia harto bien para que pudiera prometerse destruirle con la fuerza. Así que al principio se valió de halagos y péfidas caricias. Levantó el destierro á todos los vasallos desterrados en el último reinado, así católicos como herejes, pues de este modo pensaba introducir en el seno de la Iglesia la confusion, la cizaña y todos los desórdenes que son sus consecuencias naturales. Esperando despues que conseguiria mejor su intento sofocando la verdad en las tinieblas de la ignorancia, mandó cerrar las escuelas á los cristianos y quemar todos sus libros, no permitiendo que fuesen sábios ni elocuentes; y siendo la facultad de raciocinar y el talento de la palabra dones de la naturaleza, de suyo independientes de la autoridad, llegaron á ser proscriptos por la tiranía, la cual halló tambien colores para paliar estos torpes escesos, pues el tirano en sus irónicas blasfemias, decía: «Para los galileos, adoradores del Crucificado, que deben creer en él sin meterse á discurrir, son inútiles los estudios y las ciencias. Estas convendrá reservarlas para los helenistas:» es decir, para el paganismo, que él erigia en una religion ó un filosofismo digno de hallar en la apostasia su autor y sus restauradores. No hay duda que la Iglesia habria de rendirse á estos ataques, si no fuera inespugnable; pero triunfó de estos lazos y de estas sátiras, así como habia triunfado del cadalso y de la cuchilla. No por eso dejó de correr sangre en el imperio de Juliano en mil ocasiones en que su filosofia le faltó, y bajo todos conceptos debe tambien mirarse como la edad del martirio esta parte del cuarto siglo.

Tal la hallará el que quiera seguir los progresos de la Religion entre los bárbaros, y particularmente entre los persas. Verá

un Sapor, un Isdegerde y un Cosrroas, comparables á Neron, á Domiciano y á los dos Maximianos. El pudor y la humanidad se resisten igualmente á oír la relacion circunstanciada de la persecucion de Sapor. En Arabia se verá á otro perseguidor subyugar una ciudad y todo un pueblo cristiano que no habia podido pervertir, romper todo derecho de gentes, degollar al gobernador y á los principales ciudadanos, reducir los jóvenes á la esclavitud, encender despues una inmensa hoguera, y quemar en ella los sacerdotes, los monges, y por último las vírgenes consagradas á Dios, sin que ni una sola persona faltase á la fé. Los vándalos se igualaron y aun escudieron en estas atrocidades impías en la vasta estension del Africa. Por último, en todas las tierras en donde germinó la fé cristiana fué regada con sangre, y de esta sangre sacó su principal fecundidad.

Pero despues que la fé echó profundas raíces se vió un nuevo orden de providencia de Dios para con la Iglesia. Los milagros, destinados, segun el Apóstol, á la conversion de los infieles; los milagros, tan multiplicados en la época de la publicacion del Evangelio, llegaron despues á ser mucho menos frecuentes. Para los domésticos de la fé, que son los fieles, bastaban las profecías ó el depósito de la revelacion escrita ó trasmitada y declarada por la tradicion, con las gracias y dones regulares del Espíritu Santo; y así los sagrados intérpretes y los santos Padres y doctores jamás brillaron con tanto esplendor como en el cuarto y quinto siglo, segun muy presto tendremos ocasion de ver. Pero la Iglesia, esencialmente militante en este mundo, debe hallar en él combates que sufrir en todas sus situaciones, y enemigos envidiosos de todos sus adelantamientos. A la pureza luminosa de la doctrina, opuso el infierno el abuso y la corrupcion de ella tan luego como quedó derrotada la idolatría.

Bien que la suerte del arrianismo parecia haber desconcertado ya para siempre la perfidia herética, porque el nombre de arriano estaba desacreditado y era mirado por todos como un oprobio; esto no obstante, el arrianismo resucitó y se presentó bajo mil nuevas y diferentes formas, y salió

á la palestra mas aguerrido que antes bajo la direccion de Eunomio, Aecio y Macedonio, los cuales parecia que habian aplaudido su ruina.

Mucho tiempo despues Nestorio, sin parecer aspirar á aniquilar la divinidad de Jesucristo y quizá sin pretenderlo, vino á sentar doctrinas que á eso tendian separando al Hijo de Dios del Hijo de la Virgen. Con ser este un lazo tan mal preparado, veremos que sorprendió ó hizo titubear á obispos sábios y piadosos. ¡Qué doctor fué Teodoreto de una fé por tan largo tiempo sospechosa! ¡Qué pastor aquel Alejandro de Jerápolis, á quien el largo ejercicio de las virtudes mas asombrosas no preservó de la obstinacion mas horrible! Pero ¡qué impresion hicieron estos peligrosos ejemplos! Si Arrio superó á Nestorio en la estension y rapidez de la seduccion, este se hizo unos secuaces mucho mas obstinados, y adquirió para su secta un crédito y una consistencia que todavia se sostiene en las estremidades de la iglesia oriental, y aun se la encuentra en algunas provincias occidentales con nombres y formas diferentes; esto es, con las variaciones que llevan impreso el sello del espíritu de novedad que tuvo por principio.

La heregia de Eutiques, comparable con las dos primeras en duracion y en estension, fué tambien sostenida hasta por la autoridad de un Concilio, que al principio, convocado como ecuménico, fué venerado por otras especiosas apariencias hasta que se vieron sus prevaricaciones, y se llamó latrocinio. ¿Pudiera la Iglesia experimentar asaltos mas terribles que los de un partido que tenia á su frente el obispo de la segunda Silla, y que llevaba el nombre de uno de aquellos solitarios canonizados, por decirlo así, en vida, y famoso por su celo contra los enemigos de la fé, como el mas poderoso arquimandrita, que bajo sus leyes contenia un pueblo de celadores austeros los mas apegados á las impresiones que una vez recibian y los mas activos y solícitos en esparcirlas? Si por cierto, y todavia corrió la Religion mayores peligros por parte de Pelagio, enemigo disimulado y tanto mas temible cuanto menos lo parecia. Las otras heregias, encarnizadas, por decirlo

así, contra el cuerpo mismo de la Iglesia, advertian siquiera con su furor á los fieles que se guardasen de ellas; pero el pelagianismo, semejante á una serpiente que se desliza sin ruido por debajo de las flores, penetraba hasta el alma de la Religion, y con su veneno sutil infestaba las partes mas nobles y mas íntimas, y de ella no dejaba mas que el esqueleto y vana apariencia.

Contra estos peligros fortificó el Señor la santa ciudad con aquella abundancia de doctrina y de luces que resplandecieron en menos de dos siglos. Por grande que fuese el número de los seductores, para oponerse á su multitud basta solo el obispo de Hipona, el grande Agustin. Mas ¡oh! ¡y cuántos otros grandes Santos y doctores brillaron en el curso de los mismos siglos! Tales fueron, para no nombrar sino los mas famosos, un Leon, los dos Cirilos, el de Jerusalen y el de Alejandria, los Gerónimos, los Epifanios, los Gregorios Naciancenos y Nisenos, los Basilio, los Anfiloquios, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Hilarios, y su digno modelo el incomparable Atanasio: multitud sin duda superabundante por mas grande que fuese la necesidad de la Iglesia; pero el Señor estaba dando como la última mano al edificio de que es arquitecto y principal obrero. Aunque le habia establecido sobre el fundamento de los Profetas y de los Apóstoles, como estos divinos monumentos se pueden mirar y se miran efectivamente bajo aspectos tan diversos, correspondia á su inmutable sabiduría fijar para siempre el sentido de los puntos capitales, examinados ya por una multitud de intérpretes tan llenos de su espíritu y tan distinguidos aun en el orden de los grandes talentos, y fijarle de modo que á la unanimidad de sus votos y pareceres no se pudiese oponer sino la estupidez y una repugnante temeridad.

Con efecto, ¡qué fuerza de raciocinio se observa en sus escritos! ¡Qué erudicion tan vasta y tan selecta! ¡Qué gracias y qué elocuencia! Que los Padres latinos y la mayor parte de los griegos se expliquen, si se quiere, con menos pureza de lenguaje que los oradores de Roma y de Atenas, no por eso parecerán menos elocuentes para el que